

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 109

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

1.º Enero 1903

La evolución de la Filosofía en España.

El génesis de las ideas de Pompeyo Gener.—La selección darwiniana.—El individualismo aristocrático.—La decadencia de Pompeyo Gener.—El sociólogo.—El anticristiano.—Pedro Coroninas y Santiago Rusiñol.

El génesis de las ideas de Pompeyo Gener es más simple de lo que parece, aunque su mentalidad sea compleja por decadencia orgánica.

La filosofía que alimenta el espíritu del autor de *La muerte y el Diablo*, surgió de aquella parte del darwinismo que trata de la selección de las especies y recorre todos los autores aristócratas individualistas que se consideran un producto de la mentada selección.

Repárese en la tendencia ideal de los pensadores que Pompeyo Gener presenta como maestros suyos: Carlyle, Emerson, Novalis, Ruskin, Max Stirner, Tenerbarh..... todos proceden del darwinismo (evolución y selección) y constituyen esa pléyade de genios que consideran que el mundo ha de ser dirigido y gobernado por los hombres mejores y más inteligentes.

Son individualistas porque creen que ellos valen más que los otros y que, formando la casta de la aristocracia natural, por ley de selección, de derecho les corresponde ser los guías y los capitanes de la humanidad. No son pocos los intelectuales que piensan de esta suerte.

La idea es otra manifestación de la España contemporánea que tiene algo de ridícula, no tanto por lo que representa en la evolución de la Filosofía en nuestro país y en el engrandecimiento de la individualidad, jamás lo debidamente alabada y asistida, cuanto por el concepto que sobre su propia persona tienen los individualistas aristocráticos.

De estos defectos de orgullo selecto padece también Pompeyo Gener desde que se dió á la concepción del superhombre, y por ser un estado mental propio de los individualistas más ó menos autoritarios el estado del autor que nos ocupa, merece que estudiemos las manifestaciones de su talento y de sus nervios.

Como hemos dicho, la tendencia social de estos autores es la dirección del mundo por los más inteligentes. Son anarquistas en cuanto niegan la eficacia de las actuales leyes, de los actuales procedimientos de gobierno y en cuanto afirman que el predominio de la sensibilidad y de la retórica nos ha conducido á la actual decadencia mental.

Pero son enemigos de una sociedad sin gobierno, porque consideran que si las sociedades estuviesen regidas por los aristócratas que produce la Naturaleza en su constante selección, el mundo presente estaría regido por ellos y sería el mejor de los mundos.

Es decir, tienen la idea de la individualidad anarquista, pero no consideran á los demás capaces de una dignificación moral é intelectual, que estiman de uso exclusivo de

unos cuantos superhombres en germen que no tienen la suerte de demostrarnos, con su vida y su fortaleza, que de ellos ha de nacer el hombre superior que anuncian.

Llevan en su mente la idea de la libertad del individuo fuerte, bueno y libre, pero no llevan en el corazón el sentimiento de aquella libertad, porque les falta amor y abnegación para conceder á todos los hombres los derechos que para sí reclaman.

Por eso, enemigos de todos los poderes morales, religiosos y materiales, no quieren desprenderse del poder, de la influencia y de la dirección personal de los elegidos por la selección, porque se estiman un producto de ella.

En el fondo Nietzsche no hizo más que llevar al individuo la teoría que Malthus sustentaba para la colectividad. «La clase que no tiene medios de vida pierde el derecho de vivir.» «El hombre débil orgánicamente no puede aspirar á cargo genial alguno dentro de una raza de hombres superiores.» El espíritu es el mismo, la base de ambas ideas es la misma también: en Malthus, la creación de una clase superior; en Nietzsche, la creación de un hombre superior. Origen filosófico: la selección natural. Consecuencia: el desprecio por los desvalidos de la sociedad y de la Naturaleza. Con hacer ver que el desvalido fisiológicamente es un resultado del desvalido económicamente, está demostrada la justicia y la razón de tales asertos.

* * *

La creencia en la dirección del mundo por los más sabios é inteligentes, por los aristócratas de la Naturaleza, que suelen ser los aristócratas del dinero, porque éste les ofrece mayores condiciones para asimilarse la vida y el saber, es propia de los sabios que han adquirido su sabiduría mediante el pago al Estado (que la monopoliza) de determinada cantidad; no con su esfuerzo propio ni con sus superiores condiciones naturales, á pesar de que sólo en este último caso podrían considerarse el resultado de una selección natural. Es ésta una especie de manifestación pedante, egoísta, filosófica dentro de varias orientaciones intelectuales, y realmente no puede hacerse de tal particularidad una tendencia determinada con vida propia en la filosofía española; pero débesele tratar como un caso extraordinario, común á diferentes tendencias y á hombres que, en punto á doctrina, militan en diversos bandos.

En los casos y extremos indicados, se está á punto de caer en la tontería, lo que es una verdadera desgracia, porque parado á tiempo el desarreglo nervioso que produce no la selección, como algunos creen, sino los refinamientos de la civilización presente, podríamos encontrar algunos genios en los que con el tiempo se convirtieron en pobres de espíritu que creen poseer la excelencia de la idea y de las grandezas humanas.

Además de la filosofía que hemos sintetizado en sentido general, hablando de Nietzsche, ¿qué pone de manifiesto la carta de Pompeyo Gener? Un afán inmoderado por singularizarse, por enterar á los otros de los grandes y múltiples conocimientos que posee y singularmente por propalar que fué el precursor de aquel desgraciado filósofo alemán.

Esto cae bajo el dominio de la psicología con caracteres graves. Pompeyo Gener, hombre de genio, hombre de ciencia, es hombre al agua. No sabemos por qué á ciencia cierta, pero Pompeyo Gener, antes de escribir *La muerte y el Diablo*, no hubiera dicho lo que más arriba queda expresado. Para que lo dijera ha sido preciso una degeneración orgánica que produjese la degeneración mental que supone decir que había precedido á Nietzsche en las ideas que han dado fama universal á este artista y pensador disolvente. No discutimos la verdad del hecho. Nos basta con saber que si fuese cierto, Pompeyo Gener no lo hubiese divulgado en condiciones intelectuales y físicas capaces para demostrar, con hechos, que realmente tiene razón.

La degeneración es manifiesta y además es un resultado á que llegan todas las doctrinas, todos los pueblos y todos los hombres. Nacen, se desarrollan, llegan á la plenitud de su vida y de su vigor y decaen. La decadencia, en filosofía, es una degeneración del valor filosófico; en las naciones, una exageración de su poder y de su valor; en religión, una exageración del amor divino; en fisiología, una exageración de la fuerza, y en psicología, una exageración del talento.

La idea del superhombre y la del neocristianismo se corresponden. Es una debilidad del individuo y una debilidad de la religión. Pompeyo Gener, un anticlerical de primera fuerza, tiene el alma y el cuerpo tan débil como el místico del cristianismo. El refinamiento en cualquier orden de cosas, de animales y de ideas que se presente, es siempre una demostración de decadencia. Los que quieren ser menos pasionales, menos vitales, menos hombres para asemejarse más á la imagen de Dios, que ellos mismos se han forjado, y los que quieren ser más geniales, más hombres para acercarse al hombre futuro, que es su dios, presentan la misma decadencia orgánica y psicológica; la decadencia de todas las facultades creadoras y productoras del individuo. La pretendida fortaleza espiritual y moral en unos é intelectual y física. en otros, es una ilusión, un delirio, decadencia pura; y la singularidad en la mayoría de los casos no es más que una manifestación de impotencia, porque no pudiendo llamar la atención por la virilidad, por la logica, por el pensamiento, por la creación artística, por la sinceridad, etcétera, la llaman ó pretenden llamarla por lo extravagante y ridículo. Por eso casi todos los decadentistas, impotentes para la vida y para el arte emocional, visten y peinan con extravagancia para llamar sobre su persona la atención que no pueden lograr de otra suerte.

**

Pompeyo Gener, como sociólogo, pertenece á la escuela positivista y descende de Comte. Littré, continuador y discípulo del gran maestro, tiene un prólogo en la principal obra de nuestro autor.

Se distinguió esta escuela en lo religioso, por la tolerancia en las ideas, por sus campañas en favor del librepensamiento y por una justificada enemistad contra el cristianismo, que ha merecido rudos golpes. Puede decirse que cuando está más inspirado y es mejor artista Pompeyo Gener, es al coger la pluma para escribir contra la religión cristiana.

El fenómeno psicológico se comprende fácilmente. Amigos de las individualidades poderosas y del goce de las pasiones, se rebelan contra la pasividad, la mansedumbre y el ascetismo que representa la religión de Jesús, manifestación degenerativa contra la fuerza y el vigor griego, al fin y al cabo. Tienen razón los anticristianos. Al cristianismo, tanto como á la explotación y á la civilización mal empleada, debemos el mal uso que de la vida han hecho los hombres de muchos siglos, incluso los del presente. Esta misma moral que hoy impera, que se opone á las satisfacciones de la vida, y que tantas enfermedades nerviosas y mentales produce, es obra del cristianismo, y almas cristianas son las de aquellos enemigos de la llamada religión de Jesús que quieren reglamentar la vida, supeditarla á un patrón legal ó convencional. La vida, en cualquiera de sus manifestaciones, no es, no puede ser inmoral; oprimirla ó cohibirla es obra cristiana: son los siglos pasados que repercuten en los presentes.

Sólo es inmoral aquello que naturalmente, no socialmente, puede perjudicar ó perjudica á otro.

Por ejemplo: nosotros concebimos una moral que nada tiene que ver con las pasiones, que no se opone á que sean satisfechas, pero es muy rigurosa en cuanto al cumpli-

miento de la palabra empeñada y al deber que tenemos de no perjudicar á los demás en su persona. La moral cristiana permite que se perjudique á los otros en su vida y se opone á todas las leyes del amor y de la Naturaleza.

En este sentido nos es simpática toda orientación anticristiana, y por eso, al criticar la obra del cristianismo, hemos reproducido páginas hermosas que Pompeyo Gener escribió en su libro *Inducciones*.

En resumen: Pompeyo Gener representa en la Filosofía española la exageración del individualismo y la reacción anticristiana que han iniciado y sostenido todos los temperamentos helénicos en sentido de vitalidad y de fuerza. Hablamos del Pompeyo Gener que no se consideraba ario ni precursor de Nietzsche.



Oigamos ahora á Pedro Corominas y á Santiago Rusiñol, dos almas gemelas en delicadeza y en pesimismo.

Mi formación intelectual.

Me preguntas cómo se formó mi espíritu y temo caer al explicártelo en pedantescas disquisiciones. Cuando comprendas que me hago el interesante, corta donde te parezca.

Vas á enterarte de una historia vulgarísima. Empecé escribiendo malos versos en catalán y en castellano. Era una furia desenfrenada. Había día que despachaba 300 líneas cortas. He oído decir que al entrar en la pubertad hay niñas que comen carbón y el yeso de las paredes. Yo hacía versos.

Sin embargo, esta manía influyó mucho en mi primera formación. Todo lo estudiaba para hacer los versos mejor. Y así fué cómo, desde la asignatura de Retórica y Poética, empecé á ser un *buen estudiante*; desde entonces creo que mi carrera me ha servido principalmente como disciplina y gimnástica intelectual. Sólo me proponía sacar buenas notas, porque no tenía ninguna afición á mis estudios de abogado.

La Exposición Universal de 1888 influyó en mi espíritu poderosamente. Creo que á la mayor parte de los jóvenes de Barcelona nos pasó lo mismo. Fué una sacudida violenta de cosmopolitismo; desde entonces empecé á formar parte de sociedades catalanistas liberales, hasta que entré en la Universidad.

Mis padres no creían mucho en mi aptitud para los trabajos intelectuales. A cada momento me repetían que si tenía un solo suspenso, tendría que dejar la carrera. Cuando les comunicaba que me habían dado sobresaliente y premio, se quedaban como si me hubieran hecho una injusticia. Nunca me han alabado delante de mí. Aunque me quieren entrañablemente, ha sido necesario que los otros se lo dijeran para sospechar que no soy tonto.

Creo que nada ha influido tanto en mi formación como esta conducta, que encuentro muy viril, de mi familia. Me han acostumbrado á que me haga las cosas por mí mismo, porque nunca se me permitió ordenar nada á mis primas, que hacían las veces de criadas. Quizás toda la confianza que tengo en mí mismo se la debo á eso.

Al entrar en la Universidad me sublevó el necio ambiente reaccionario que allí dominaba. Me sublevé solo en mi grupo; pero al año siguiente éramos ya una porción, y á los dos años casi nos impusimos. Hubo mitins que acabaron á tiro limpio, cayó un rector de la Universidad, la policía entró en el claustro y en una batalla campal me hirieron en la cabeza. Explico esto porque á consecuencia de estas algaradas entré en un círculo po-

lítico con la mayor buena fe, y perdí en propagandas hureas cuatro años de mi juventud.

Cuando me di cuenta del tiempo que había perdido, me entró una furia por el estudio que, junto con ejercicios enfermos de la voluntad, atropelló mucho mi sistema nervioso. Hubo mes que leí 24 tomos. Me entró un odio feroz por la política, y las lecturas de cuestiones sociales me llevaron a frecuentar los círculos obreros, donde di algunas conferencias. Lo demás ya lo sabes.

Te explico estos movimientos porque creo que ha influido mucho más en mí la vida que los libros. Advierte que leo muy despacio y si adelanto algo es en fuerza de muchas horas de trabajo. Luego olvido los nombres con la mayor facilidad, y aun las ideas que no puedo apropiarme, las olvido también. Esto hace que en la conversación apenas cito nunca a nadie y doy como más ideas que siñ duda habré leído en alguna parte.

Cuando tenía quince años leí la *Republica*, de Platón, pero no me hizo mucha impresión. Más tarde me he entusiasmado con los *Diálogos socráticos* y sobre todo con la *Muerte de Sócrates*. Las tragedias de Esquilo y de Sófoeles las conocí bastante tarde y me gustaron mucho.

Uno de los hombres que ha influido más en mí, ha sido Carlyle. Me refiero a sus *Héroes*, porque el *Sartus Resartus* lo encontré algo pesado. Carlyle fué el profeta de mi resurrección y quien me apartó violentamente de la política. En cambio Schopenhauer me restituyó al arte. Su obra capital ha sido la base de mi educación artística. Shakespeare y Goethe son mis grandes artistas. Me impresionó *La Odisea*, de Homero, pero no la he vuelto a leer. La impresión que me produjeron Ibsen y Tolstoi, no ha persistido. Víctor Hugo creo que no me ha satisfecho nunca.

Supongo que no tratas de saber todos los libros que he leído. Mira, yo creo que todo lo que leemos influye en nuestro espíritu. Pero regularmente buscamos en el libro aquello que nos confirma en el plan que nos hemos formado de la vida. Más que influencias, son esto confirmaciones. En cambio hay pocos, muy pocos libros que trastornan nuestro modo de ser, que abren nuevos caminos y cambian los valores de las cosas. Todos estos que voy citando son los que han dejado un surco profundo en la historia de mi alma.

Observarás que no cito libros raros. Mis autores son muy comunes. Apenas he aprendido nunca en los libros raros otra cosa que el alimento necesario para satisfacer mi vanidad de hombre leído. De cuando en cuando vuelvo a leer a Goethe y a Shakespeare y encuentro que lo dicen todo.

Mi educación filosófica es muy superficial. Unos trabajos de Renan me hicieron pensar mucho hace bastantes años, cuando todavía no había perdido el tiempo en los casinos políticos. Schopenhauer es el filósofo que conozco más. El primer tomo de la *Historia de las Ideas Estéticas*, de Menéndez y Pelayo, me ha servido bastante.

Estuve mucho tiempo leyendo las *Confesiones de San Agustín*. Buscaba la fe religiosa y no la encontré. Leí con mucha calma toda la obra y me gustó infinitamente la primera mitad mientras explica su vida, pero luego cuando entra en digresiones teológicas lo encontré pesado y aburrido.

He leído y estudiado muchas veces las *Maximas*, de Epicteto. Este libro es de los que me han impresionado más. Llegué a hacerme más muchas ideas del gran estoico, y esto me sirvió mucho cuando estuve preso. Creo que en mi libro se ha de notar semejante influencia.

No he leído a Nietzsche hasta hace poco. Me ha gustado más como poeta que como filósofo. Y ahora me dedico a estudiar los economistas, entre los cuales me gustan mu-

cho Roscher y Thorold Rogers, no sólo para asegurar mi porvenir, sino para dar satisfacción á una afición que tengo á estos estudios desde hace bastantes años.—*Pedro Corominas.*

* *

Sr. D. Federico Urales.

Respecto á las preguntas que me dirige, he de verme muy apurado en contestarlas, y es que han sido muchos los autores que me han impresionado. No me es posible sospechar qué influencia han podido tener en mi modo de sentir ni de fabricar mis pobres obras.

Estas las he ido haciendo cuasi al azar, según las impresiones que he ido recibiendo del espectáculo, trágico ó cómico, de la vida, y como en lo más dramático siempre he visto asomar la nota tristemente cómica, y como en lo más alegre he notado siempre oculto un no sé qué de tristeza, á esto se deberá sin duda el agri-dulce que he tratado de traducir en mis libros y comedias.

De los autores dramáticos que más honda impresión me han causado, recuerdo de memoria: Maeterlinck, Daudet, en *L'Arlesienne*; Ibsen, Tourgenef, Tolstoy, en *La puissance de ténets*, y otros, cuya impresión ha dependido de la sensación de momento, del estado de mi espíritu, de la edad y de otras circunstancias que, como he dicho antes, me sería imposible descifrar, pues como toda impresión de belleza, se siente más que no se explica. Una mujer que es hermosa, á su vista comprendemos que es hermosa, aunque nos sea difícil, por no decir imposible, explicar la clase de su hermosura.

Estoy acabando de imprimir la comedia *Libertad*, que le mandaré estos días. Se ha discutido mucho sus tendencias. I os retrógrados la han encontrado revolucionaria, los liberales (?) de la clase de Himno de Riego, reaccionaria, siendo así que, como verá usted, es completamente individualista, y más que nada independiente.

Sin más que saludarle, soy de usted afectísimo s. s., *Santiago Rusinol.*

* *

¿Con qué claridad creemos vislumbrar lo que está escrito en estas dos almas enfermas, grandes, exentas de vigor, sobradas de modestia, trabajadas por el pesimismo...! Son dos espíritus decadentes á los que de buen grado facilitaríamos la voluntad y la conciencia de su valer que les falta para ser dos personalidades poderosas.

FEDERICO URALES

MOVIMIENTO INTELECTUAL DEL SIGLO XVIII

Si la anarquía, semejante en esto á todas las corrientes revolucionarias, ha nacido en el seno del pueblo, en el tumulto de la lucha, más que en el gabinete del sabio, es conveniente conocer el lugar que ocupa en las diversas corrientes de pensamiento científico y filosófico que existen en nuestros días. ¿Cuál es su actitud enfrente de las demás ideas filosóficas y sociales? ¿Sobre cuál se apoya con preferencia? ¿De qué método de investigación se vale para apoyar sus conclusiones? De otro modo, ¿á qué escuela de filosofía

del derecho pertenece la anarquía? ¿Con qué corriente de la ciencia moderna ofrece más afinidad?

En presencia del apasionamiento por la metafísica económica, que recientemente hemos visto en los círculos socialistas, esta cuestión ofrece cierto interés. Yo procuraré, por consiguiente, resolver aquí la cuestión planteada, tan breve y simplemente como sea posible, evitando los términos difíciles donde pueda hacerlo.

••

El movimiento intelectual del siglo XIX tiene su origen en la obra de los filósofos escoceses y franceses de á mediados y fin del siglo precedenté.

El despertar del pensamiento que se produjo en aquella época, dotó á las inteligencias del deseo de reunir *todos* los conocimientos humanos en un solo sistema general: el sistema de la Naturaleza. Rechazando por completo la escolástica y la metafísica de la Edad Media, tuvieron el valor de examinar toda la naturaleza: el mundo sideral, nuestro sistema solar, la Tierra, el desarrollo de las plantas, de los animales y de las sociedades humanas sobre la superficie, como una serie de hechos que pueden ser estudiados de la manera que lo son las ciencias naturales.

Estableciendo ampliamente, con provecho, el verdadero método científico—el método inductivo-deductivo,—emprendieron el estudio de los grupos de hechos que nos ofrece la Naturaleza, pertenecientes al mundo sideral, al animal, ó bien al de las creencias, al de las instituciones humanas, absolutamente de la misma manera que si fuesen cuestiones de física, estudiadas por un naturalista. Examinaban, desde luego, pacientemente los hechos y cuando se lanzaban á las generalizaciones, lo hacían por la vía de la inducción. Presentaban verdaderas hipótesis; pero no concedían á esas hipótesis otra importancia que la que Darwin atribuía á la del origen de nuevas especies por medio de la lucha por la existencia, ó á la que Mendeléeff atribuye á su «ley periódica». Veían allí suposiciones, que ofrecen una explicación provisional, y facilitan de esa manera la agrupación de hechos, así como el estudio subsiguiente de éstos; pero esas suposiciones deben estar confirmadas por la aplicación de una multitud de experimentos, deben explicarse también por la vía deductiva, y no pasarán á ser «leyes» (generalizaciones *probadas*), hasta que hayan sufrido este examen y que las causas de las informaciones constantes que ellas expresan, hayan sido explicadas.

* * *

Cuando el centro del movimiento filosófico fué transportado de Escocia é Inglaterra á Francia, los filósofos franceses, con el sentimiento sistemático que les es propio, empezaron á edificar sobre un plan general y sobre los mismos principios *todos* los conocimientos humanos: naturales é históricos. Intentaron construir *el saber generalizado*—la filosofía del universo y de su vida, bajo una forma estrictamente científica—rechazando, por consiguiente, las construcciones metafísicas de los filósofos precedentes y explicando los fenómenos por la acción de las mismas fuerzas físicas, es decir, mecánicas, que bastaban para explicar el origen y la evolución del globo terrestre.

Dícese que cuando Napoleón I hizo notar á Laplace que en su *Exposición del sistema del Mundo* el nombre de Dios no se encontraba en ninguna parte, Laplace contestó: «No he tenido necesidad de esa hipótesis.» Pero Laplace lo hizo mejor. No recurrió nunca á los grandes *conceptos* de la metafísica, detrás de los cuales se oculta generalmente lo incomprensible, ó una semicomprensión nebulosa de los fenómenos y la inca-

pacidad de representárseles bajo una forma concreta de grandezas conmensurables. Laplace se pasa sin la metafísica y sin la hipótesis de un creador. Y aunque su *Exposición del sistema del Mundo* no contiene absolutamente cálculos matemáticos, ya que fué escrita en lenguaje comprensible á todo lector educado, los matemáticos podrán más tarde expresar cada pensamiento separado de ese trabajo bajo la forma de ecuaciones matemáticas, es decir, de combinaciones entre cantidades mesurables; tan exactamente fué pensada la obra de Laplace.

*
* *
*

Lo que Laplace hizo por la mecánica celeste, los filósofos franceses del siglo XVIII lo hicieron también por el estudio de los fenómenos de la vida, así como los del entendimiento humano y del sentimiento (la Psicología). Renunciaron á las afirmaciones metafísicas que encontraron entre sus predecesores ó entre el filósofo alemán Kant.

Sabido es, en efecto, que Kant explicaba, por ejemplo, el sentimiento moral del hombre diciendo que es un «categorico imperativo» y que tal máxima de conducta es obligatoria «si nosotros podemos concebirla como una ley capaz de aplicación universal». Con tal determinación cada palabra queda substituída por alguna cosa nebulosa é incomprensible «imperativo», «categorico», «ley», «universal», en lugar del hecho material, conocido de todos, que se trata de explicar.

Los enciclopedistas franceses no podían contentarse con parecidas «explicaciones», por los «grandes conceptos». Como sus predecesores escoceses é ingleses no quisieron explicar de dónde le viene al hombre la concepción del bien y del mal, aplicandó, como dice Goethe, «una palabra», allí donde faltan ideas. Ellos estudiaron esa concepción del hombre, así como lo había hecho ya Hutcheson desde 1725, y más tarde Adam Smith, en su mejor obra *El origen de los sentimientos morales*, encontrando que el sentimiento moral en el hombre tiene su origen en el sentimiento de piedad, de simpatía que todos experimentamos hacia el que sufre. Proviene de nuestra capacidad de identificarnos con los demás, tanto que sentimos casi una pena física, si vemos pegar á un niño en nuestra presencia y cuya acción nos revoluciona.

Partiendo de este género de observaciones y de hechos generalmente conocidos, los enciclopedistas llegaban á las más amplias generalizaciones. De esta manera explicaban, en efecto, el sentimiento moral, que es un hecho complejo, por los hechos más simples. Pero no ponían en lugar de hechos conocidos y comprensibles, palabras incomprensibles y nebulosas, que no explicaban absolutamente nada, como aquellas de «imperativo categorico», ó de «ley universal».

La ventaja del último método es evidente. En lugar de una «inspiración de lo alto», en lugar de un origen extrahumano y sobrenatural del sentimiento moral, se tenía el sentimiento de piedad, de simpatía, heredado por el hombre desde su origen, tomado en todas sus primeras observaciones sobre sus semejantes, y perfeccionado poco á poco por la experiencia de la vida en sociedad.

*
* *
*

Así se ve que los pensadores del siglo XVIII no cambiaban de método cuando pasaban del mundo sideral al mundo de las reacciones químicas, ó bien, del mundo físico y químico, al de la vida de las plantas y de los *serpientes* ó al desarrollo de las formas económicas y políticas de la sociedad, á la evolución de las religiones, etc., etc. El método era siempre el mismo. En todas las ramas de la ciencia aplicaban el método inductivo. Y puesto que ni en el estudio de las religiones, ni en el análisis del sentimiento

moral, ni en el del pensamiento en general, no encontraban un punto en que ese método fuera insuficiente, y otro viniera á imponerse; puesto que no se veían forzados á recurrir á ninguna parte, ora á concepciones metafísicas (Dios, alma inmortal, fuerza vital, imperativo categórico, inspirado por otro ser superior, etc.), ora á algún método dialéctico, ensayaron *el explicar todo el universo y todos sus fenómenos de la misma manera* NATURALISTA.

Los enciclopedistas construyeron su monumental *Enciclopedia*. Laplace publicaba su *Sistema del Mundo* y Holbach su *Sistema de la Naturaleza*; Lavoisier afirmaba la indestructibilidad de la materia, y por consecuencia, de la energía, del movimiento. (Lomonosoff, inspirado por Bayle, bosquejaba ya en aquella época la teoría mecánica del calor); Lamarck explicaba el origen de las especies infinitamente variadas de plantas y animales por sus adaptaciones á los diversos medios ambientes; Diderot daba una explicación del sentimiento moral, de las costumbres morales, de las instituciones primitivas y de las religiones, sin recurrir á una inspiración de lo alto; Rousseau procuraba explicar el nacimiento de las instituciones políticas á consecuencia de un contrato social, es decir, de un acto de la voluntad humana; en resumen, no había un solo dominio que no se hubiese puesto en estudio sobre el terreno de los hechos, siempre por el mismo método científico de inducción y de deducción, verificada por los hechos.

Ciertamente que más de un error fué divulgado en esa tentativa inmensa y atrevida. Allí donde faltaban conocimientos, se hicieron suposiciones muy avanzadas y algunas veces erróneas. Pero un nuevo método había sido explicado simultáneamente de los conocimientos humanos, y gracias á ese nuevo método, los errores mismos fueron más tarde fácilmente reconocidos y corregidos. De esta manera, el siglo XIX recogió en herencia un instrumento poderoso de investigación que nos permitió construir nuestra concepción del universo sobre una base científica, y de libertarla en fin de los prejuicios que la obscurecían, así como de las palabras que no dicen nada y que antiguamente se tenía la mala costumbre de introducir en todas partes para desembarazarse de cuestiones difíciles y para ahorrarse estudios y explicaciones.

(Traducción de Soledad Gustavo.)

PEDRO KROPOTKIN

El Arte dramático en España

EN EL TEATRO ESPAÑOL: LA MUJER DE LOTH, *drama en tres actos, escrito en prosa por Eugenio Sellés.*

Me avisa el amigo Urales que la presente revista no podrá publicarse hasta el número correspondiente al 1.º de Enero, porque ya está tirado el que corresponde al 15 del presente mes.

De forma que cuando estas líneas vean la luz, *La Mujer de Loth* habrá desaparecido del cartel del Teatro Español, y por lo tanto, carecerán de oportunidad y valor. Así y todo, haré la crítica del drama de Sellés para darme gusto á mí mismo, si es que de aquí á quince días nadie se acuerda de dicha obra, lo que es muy probable.

La idea de *La Mujer de Loth* es débil y vieja. Se trata del heredero de un marqués, general por más señas, que quiere casarse con la institutriz de sus hermanos menores; y

de la hija de una marquesa ó condesa, heredera también del marquesado ó condado, que prefiere un pintor á su primo Jaime, el joven marqués antes aludido. Así, pues, contra los deseos de los nobles viejos, los nobles jóvenes quieren unir sus corazones con dos hijos del pueblo.

La oposición de los padres á los deseos de los hijos y las artimañas de éstos para engañar á los autores de sus días, dan lugar á los tres actos de *La Mujer de Loth*, un poco hinchados, además, con el hecho de que la institutriz sea hija de un amor ilegítimo.

El autor pretende que la obra sea un símbolo; que eso de la nobleza represente la España que se va y que los hijos del pueblo simbolice la España nueva. Unidos los descendientes de lo antiguo con los hijos de lo nuevo y sin mirar atrás, contrariamente de lo que hizo la mujer de Loth, han de constituir la regeneración de nuestro país.

Como comprenderán mis lectores, en nuestro tiempo, por degenerar, hasta los símbolos degeneran.

Los autores simbolistas habían presentado ideas abstractas, de grandeza moral, de grandeza artística, de grandeza social; ideales superiores, comunes á todas las inteligencias emancipadas y de todos los pueblos civilizados. En Sellés el símbolo se reduce á la regeneración de España.

*
* *

Realmente en nuestro país ningún elemento lucha para establecer las corazas ni la espada española del siglo xv. En *La Mujer de Loth* sí, en *La Mujer de Loth* hay un elemento que resucita las glorias que dieron á España la matanza de moros y otro género de infieles. Por lo tanto, este elemento que representa lo pasado con influencia en lo presente, es falso.

Los absolutistas en ideal político y los católicos intransigentes en ideal religioso, no se acuerdan ya de aquellos tiempos, no luchan por establecerlos, ni constituyen una fuerza moral capaz para ser tenida en cuenta en los actuales momentos. Se contentan con ir resistiendo lo nuevo y con asirse á los presentes poderes, burgueses y no nobles.

Lo que verdaderamente lucha en España y en todos los países civilizados, es un mundo que nace, enemigo de la desigualdad económica y de la tiranía del Estado, con el mundo que fenece, amante del privilegio y del poder de una clase, que no es la linajuda, sino la capitalista (comerciantes, industriales, banqueros, etc.), á la que se han sometido, por ley de la historia, los demás elementos sociales, convirtiéndose en comerciantes, fabricantes ó políticos los mismos nobles y los propios clérigos, bajo pena de muerte como colectividad social.

Por lo tanto, aquí quien se ha convertido en estatua de sal es Eugenio Sellés.

*
* *

La Mujer de Loth parece haber sido escrita para hacer epigramas y espetar pensamientos. Todo en dicho drama se supedita á este propósito; pero más que otra cosa se supedita al epigrama y al pensamiento, el arte emocional, que es lo superior en el teatro, y el espíritu de dos niños que tienen representación en la obra de Sellés, y que si se hubiese cuidado bien de su psicología y estado mental, hubieran podido constituir una nota artística sumamente fresca y agradable.

El autor, que debe desconocer por completo el alma de los niños, les hace hablar, en la mayoría de los casos, como personas mayores. Si el público conoce que se trata de dos niños, no es por lo que ellos discurren y hablan, sino por lo que los demás dicen de

los chiquitines y porque las actrices que los representan tienen voz de niño, de niño van vestidas y cuidaron de presentarse con cierta travesura.

Ese intento ó ese propósito de exponer pensamientos y epigramas por medio de los personajes que constituyen la obra dramática, hace el mismo efecto que el abuso del chiste en algunas comedias: embota los sentidos y el ánimo se cansa, llegando á serle imposible apreciar el valor moral ó filosófico de la palabra; al igual que en los sainetes, donde todo el arte escénico está supeditado á la gracia, conclúyese por agotar la risa y el humor, cansado de soltar la carcajada.

Bien podría hacer aquí algunas consideraciones sobre el trabajo mental y fisiológico que supone la risa y el pensamiento llevados á la exageración, y el por qué acaba por fatigar los órganos que tienen á cargo aquella función; pero no lo considero propio de una revista teatral y lo dejo para otro día.

* * *

La moral de *La Mujer de Loth* es magnífica: el espíritu fundamental del drama merece plácemes. Se ve en la obra de Sellés el esfuerzo de un hombre generoso que se desvela por mejorar moral é intelectualmente el estado de España, y que pretende hacerlo en sentido revolucionario, aunque sea impotente para lograr sus propósitos dentro del arte escénico. ¡Lástima que el artista no haya sabido corresponder á los deseos del pensador y que las palabras que pone en boca del cura «nosotros no enseñamos más que ciencias muertas» y las que hace pronunciar á la institutriz «el trabajo y la vida son superiores á la guerra y á la muerte», no tuvieran por auxiliar mejor ambiente artístico y social!

Con ambiente más modernizado, que representara mejor el tiempo presente, con una frase más humana y menos ampulosa y profunda en sentido filosófico, y con un arte escénico más esmerado, *La Mujer de Loth* podía haber sido una obra artística y teatral, aunque careciendo siempre de verdadero interés por pequeñez de alma.

* * *

La construcción de la obra es defectuosísima, sobre todo el segundo y tercer acto, plagados de monólogos y de efectismos.

En el segundo acto Jaime, el heredero del marqués, cuenta á Pedro, el pintor, que el casamiento con su prima Isabel es una farsa para tener contentos y engañados á los nobles viejos y para que no inspirase recelos la presencia de Pedro, pretendiente de Isabel y pretendiente correspondido y la de la linda institutriz, la pretendida de Jaime, en la morada de los señores marqueses. Se va Pedro y deja á Jaime solo en casa de Ascensión, á pesar de la ansiedad con que aquélla le esperaba.

Sin testigos, Jaime cuenta al público lo que le ha dicho su padre, el marqués, respecto del origen de Ascensión. Aparece ésta, que no debía haber abandonado la escena, ya que sabía que su amor estaba por llegar, y Jaime, hablando con ella, repite lo que ha contado á Pedro, en presencia del público también, é insinúa, además, lo que ha insinuado al espectador en el precedente monólogo. No para aquí la mala construcción del drama, sino que cuando Jaime se marcha, Ascensión llama á su madre y la obliga con sus preguntas á que cuente la historia de sus amores ilegítimos; escena inútil, porque el público está del caso lo suficiente enterado, é inmoral, porque es antiestético y de mal gusto el que una hija obligue á su madre á explicar su deshonra. Los hijos deben darse por satisfechos con el amor de sus padres y con que éstos sean buenos para los seres á

quienes han engendrado. Sea cual fuere la vida de una madre, no da derecho, no puede dar derecho al odio ni á las satisfacciones de la hija. Las madres sólo en el caso de que no amasen á sus hijos podrían dejar de ser queridas. Por mi parte digo que, ni aún así, dejaría de amar á la mía y antes me mataría ó pondría mi mano al rostro de quien la denigrara, que pedirle cuenta de su honra.

*
**

Faltas de moral en el sentido de la que queda expresada, hay algunas en *La Mujer de Loth*.

Jaime, marqués heredero de gran fortuna y nombre *glorioso*, ama á la institutriz de sus hermanos menores y quiere casarse con ella. Trátase, como se ve, de un carácter generoso y despreocupado, porque de no ser así, lo primero que se le hubiese ocurrido hubiera sido abusar de su posición para lograr que la institutriz fuera su manceba por algún tiempo. Pues este carácter generoso, cuando sabe que Ascensión es hija ilegítima, no la quiere por esposa y la pretende por concubina. Esta pretensión tonta no corresponde al estado mental y moral que supone en un hombre que ha pretendido casarse con una sirvienta y que en el símbolo del Sr. Sellés representa lo bueno y lo grande.

*
**

En gracia á la brevedad, nada digo del final efectista que tiene el drama que me ocupa, ni del hecho inconcebible en una mujer de instrucción y de dignidad superiores, cual Ascensión, de que se entretenga en apostrofar á las armaduras de los marqueses muertos, habiendo sido arrojada como un perro por los marqueses vivos.

*
**

En general, *La Mujer de Loth* no lleva á la escena española ningún pedazo de nuestra vida, ninguna lucha de las presentes, ningún conflicto moral que pueda interesarnos, ningún dolor contemporáneo. Por eso no se mete en el alma de los espectadores, ni emociona corazones, á pesar de las escenas violentas que cuenta.

*
**

Del desempeño de la obra sólo hay que decir que en otras manos hubiera caído en el ridículo desde el principio del segundo acto, lo que se evitó gracias al temperamento artístico de la señora Guerrero y de la influencia que ejerce en el público. Aquel largo monólogo del final del drama, después de la serie que ha escuchado el espectador, necesitaba de una actriz como la del Teatro Español para que no fuese aburridísimo.

La señorita Valdivia, algo seca, poco tierna, demasiado fría y calculista para que al final nos la pegase á todos huyendo con su amante.

La señorita Cancio supo enternecer al auditorio en una de las escenas más difíciles y menos reales de *La Mujer de Loth*.

El Sr. Cirera, muy bien.

Fernando Díaz de Mendoza, en su papel poco definido y claro, el menos artístico y menos poético de los concebidos por Sellés, resultó hasta simpático. ¿Qué más podía hacer?

ANGEL CUNILLERA

LOS HUMANITARIOS



- Caballero, una limosna! Soy un pobre artista sin trabajo!
—Ya le dije antes que perdonara, que no está el tiempo para desabrocharse el gabán y coger pulmonías.....
—Fulminantes serán las que se avecinen.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Conciencia é inteligencia de las plantas: experimento del Dr. Gentry.—Inteligencia de los animales: Examen Psychologique des Animaux, de M. Flachat-Souplet.—La Vie des Métaux, por M. Bosc.—Sobre la alimentación.—Islas flotantes.—Barco de hélice aéreo de Zeppelin: aviador sistema Fachon.—Contra la coqueluche.

El Dr. Thomas Gentry acaba de adelantar una teoría atrevida para demostrar, no sólo que las plantas son sensibles, lo que muchos autores admiten, sino que son conscientes y hasta inteligentes. En apoyo de su teoría presenta ejemplos notables, algunos conocidos ya de nuestros habituales lectores, á los que Gentry añade experimentos particulares más notables aún. Por ejemplo: conocida es la existencia de plantas insectívoras. Con una de ellas ha hecho el experimento siguiente: atáronse unas moscas vivas á algunos centímetros de la extremidad de las hojas de la planta observada; á los cuarenta minutos las hojas tocaban á los insectos; una hora después los habían absorbido completamente. Si en lugar de insectos de que las plantas aludidas son ávidas, se ponía otro alimento cualquiera á la misma distancia, las plantas permanecían inmóviles.

Gentry se apresura á manifestar que se trata de vegetales en los que Darwin descubrió los rudimentos de un sistema nervioso, y niega que en el hecho observado no haya más que una simple coincidencia.

Hemos hablado también varias veces de plantas que tienen la facultad de cambiar de lugar, que abandonan uno árido para ir con lentitud, pero con seguridad, á otro donde sus raíces disfruten de los jugos necesarios al desarrollo del vegetal. Gentry ha interpuesto jugos venenosos en el camino de esas plantas y ha visto que daban rodeos relativamente considerables, llegando al punto término de su viaje evitando el contacto con el terreno envenenado.

En vista de este resultado, el Dr. Gentry afirma valientemente:

«La conciencia aparece claramente en la vida vegetal, y es á las plantas lo que el pensamiento es al hombre y á los animales, ó sea el medio de dirigir sus acciones y de escoger lo que les conviene.»

*
*
*

En un libro interesante: *Examen Psychologique des Animaux*, Flachat-Souplet, fundado en multitud de ejemplos, trata de la inteligencia de los animales. He aquí algunos:

Puso unos gatos delante de un guardacomerida, cubierto de tela metálica, con puertas cerradas con cerrojo. Nótese que no eran gatos de circo sino cogidos al azar y que no podía suponerse amaestrados por el temor de la varilla ni por otro medio cualquiera, sino que en ellos obraba su inteligencia ó su instinto impulsado por la necesidad; pues no tardaron mucho en manejar el cerrojo para apoderarse de la pitanza.

Después nos habla de un perro que nació con las patas traseras atrofiadas, y, por iniciativa propia, se hizo bípedo: andaba cabeza abajo, como un clown, y con agilidad notable subía y bajaba las escaleras.

A la lista de sus ejemplos añade esta consideración: Dificilmente se encontrará un carretero ó un cochero que niegue inteligencia á sus animales, á sus queridos animales, con los cuales vive en continuo contacto y de los cuales recibe muestras de inteligencia superior á la de algunas personas.

*
*
*

Contra la idea generalmente admitida de que los minerales son cuerpos inertes, homogéneos é invariables, se levanta M. Bosc con su libro *La Transmutation des Métaux* afirmando que los metales, el hierro, por ejemplo, tiene vida positiva.

Sabido es, dice, que si previa la determinación de su fuerza, se arranca un imán de su armadura, se debilita y sólo puede con un peso menor. Si se le repone en su armadura y se empieza por suspender de él pesos pequeños, llega progresivamente á soportar pesos mayores que antes. Conócese la causa de este fenómeno, es la polarización: el acero imantado tiene un polo boreal y un polo austral; atrae la electricidad del espacio y, atravesado por esa corriente, se imanta cada vez con mayor fuerza.

Pero las moléculas de hierro forman agregados infinitesimales que, en concepto de Bosc, animan al metal de una vida propia.

Esas moléculas constituyen en el metal verdaderos glóbulos vitales, de donde se sigue que cuando una presión ó una tracción exagerada se ejerce sobre una barra de hierro, ésta se fatiga y resulta disminución de vigor, de vitalidad. El hierro pierde su rigidez, y si la presión persiste con más intensidad y duración, resulta la ruptura, es decir, la muerte de la barra.

En el Congreso celebrado recientemente en Amsterdam por la Liga internacional para la mejora de la alimentación humana y animal, se ha verificado una especie de torneo entre los vegetarianos intransigentes y los que siguen el régimen mixto corriente. El doctor Do Clercq, vegetariano practicante y ferviente hace ya veintiocho años, en perfecto estado de salud y vigor, se presenta como ejemplo y expone multitud de ventajas higiénicas, económicas y hasta culinarias; de estas últimas las hay sorprendentes, de aquellas que, como suele decirse, causarían una revolución (en las cocinas), si un autor inteligente y un editor aprovechado lanzaran al mundo un *Manual del cocinero vegetariano*.

El doctor Van Schoor, carnívoro impenitente por lo visto, y sin duda perteneciente al grupo de aquellos á quienes en esta sociedad les sale bien la cuenta, no quiere cambiar de régimen, y prefiere las magras al vegetal exclusivo y aun á las pastillas alimenticias Berthelot inauguradas recientemente en New-York. El orador, á quien no sé si calificar de amigo ó enemigo de la carne, ha tratado de demostrar que los progresos de la civilización están en relación directa con los de la alimentación humana. Es, pues, necesario contribuir á mejorar la alimentación de sus semejantes.

Conformes, sobre todo en el último concepto; pero, considérese que si se ha de hacer algo positivo, algo que no sea un voto tan vano como un paternóster católico, se ha de trabajar en sentido revolucionario y destruir esta monstruosa organización social que permite que individuos que tienen un solo estómago, y á veces un estómago averiado por los vicios, como un Rokfeller, un Pierpont Morgán y otros por el estilo, dispongan del importe de miles de comidas diarias, cuando hay productores á miles á quienes el comestible les viene corto.

* * *

En todas épocas y en diferentes latitudes se han hallado islas flotantes, que se supone son pedazos de ribera de la desembocadura de ríos caudalosos arrancados y acarreados mar adentro por la impetuosidad de la corriente. El Plata, el Orinoco, el Amazonas y otras grandes corrientes acuáticas de las regiones tropicales, suministran con cierta frecuencia algunos casos demostrativos, cargados de su flora, y á veces de su fauna; las raíces de sus árboles sirven de armadura para conservar la aglomeración de la tierra, en tanto que las ramas son verdaderas velas que se prestan á la acción del viento.

Como es natural, estas islas viajeras se destruyen pronto por la acción de las olas, pero las hay que resisten mucho tiempo. A fines de Septiembre próximo pasado se vió una de esas islas, de grandes dimensiones, á la altura del cabo Cod; por sus condiciones especiales, por su fauna y por su flora se reconoció que procedía de las orillas del Orinoco; un mes después se la vió al NO. de las Azores, habiendo recorrido una distancia de más de 1.600 kilómetros. Quién sabe si tan interesante viajero habrá sido destruído por las tempestades que se han desarrollado en aquellas regiones al principio del próximo pasado Noviembre, ó si habrá ido á estrellarse contra las costas africanas, llevando algunos ejemplares vivientes del Nuevo Mundo.

Hemos de dar cuenta de dos inventos recientes á los que se atribuye gran importancia: un barco de hélice aéreo, del conde Zeppelin, y un aeroplano sistema Fachon.

El barco de Zeppelin, inventor ya conocido por el globo dirigible experimentado con mal éxito en el lago de Constanca, sólo tiene 30 centímetros de corriente de agua. El hélice está instalado sobre un aparato de madera de dos metros de altura, y gira con una velocidad de 850 á 1.500 vueltas por minuto. Las alas miden 95 centímetros de largo, 35 de ancho y 4 milímetros de espesor. El hélice se mueve por un motor de petróleo de 12 caballos, que, según el inventor, puede realizar una velocidad de 14 kilómetros por hora.

Ese mecanismo constituye el ideal para la navegación en ríos cubiertos de plantas acuáticas, atendiendo á que el barco, con su tirante mínima, más se desliza que boga por el agua.

El conde Zeppelin se propone además utilizar su aparato para deslizarse sobre el hielo ó sobre la nieve endurecida.

Si los resultados de los experimentos corresponden á las promesas ó á las esperanzas del inventor, el barco de hélice aéreo podrá ser un auxiliar poderoso de los exploradores de las regiones polares, especialmente en la última fase de su viaje.

El aviador sistema Fachon, cuyo principio se inspira evidentemente en el vuelo de las aves, se compone de dos ruedas de eje horizontal, reunidas por un sistema de ramas rígidas colocadas á las dos extremidades del mayor diámetro del aparato.

Estas ruedas están constituidas por una serie de paletas análogas á las de las ruedas de los molinos, con la diferencia de que están retorcidas sobre sí mismas por ramas muy ligeras para no ser estropeadas. En el centro, y montado sobre el bastidor que soporta los ejes de esas ruedas, se halla un motor de petróleo, muy ligero, que mueve las ruedas con mayor ó menor velocidad, según el esfuerzo del viento y la velocidad que quiera obtenerse.

Aparte de esas dos grandes ruedas, el aparato comprende una serie de superficies planas, de tela muy ligera, articuladas en su medio y que se pueden inclinar á voluntad,

Estas diferentes superficies sirven para guiar el aviador cuando se les inclina más ó menos.

Una navicilla de forma oval se halla suspendida del bastidor que sirve de armadura al aparato, la cual tiene un timón con el que se obtiene la dirección deseada.

Lo que constituye la originalidad de este aparato es la disposición prevista para apoyarse sobre el suelo y elevarse por los aires. A este efecto, el bastidor mencionado tiene cuatro pies que le sostienen sobre el suelo y le sirven de punto de apoyo para hacer el esfuerzo necesario para su elevación. Si en el momento de elevarse se mueven las ruedas

con una velocidad calculada y se inclinan sus planos sobre el horizonte, el aviador se eleva siguiendo una dirección oblicua prevista.

Aunque inspirado en el vuelo de las aves, el aparato constituye una ingeniosa aplicación en grande escala del principio de la cometa. El inventor espera resolver pronto y definitivamente el problema de la navegación aérea por el más pesado que el aire. Mucho nos complacería ver confirmado ese optimismo.



Para combatir la coqueluche, que causa en los niños gran mortalidad, se suele recurrir al empleo del cloral, considerado por algunos prácticos como el remedio por excelencia contra esa afección tan penosa; pero conviene mucho saberla administrar bien.

Una condición esencial, ha dicho M. Joffroy, consiste en emplear una preparación que el niño acepte sin repugnancia. Inspirado en esa idea, prescribe el cloral en polvo, incorporado al helado de grosella.

Para los niños de quince meses a dos años, la dosis será de 75 á 80 centigramos diarios; para los de tres años, un gramo, y para los mayores, de un gramo y medio á dos gramos.

El momento de su administración es de gran importancia; conviene dar el medicamento por la noche y por la mañana, de manera que se facilita el sueño, y se procura por la mañana, cuando las quintas han pasado, algunas horas suplementarias de reposo.

A propósito de esa terrible afección de la infancia, M. Tolamon ha dicho que si tuviera que escoger entre los numerosos preparados que se han recomendado contra la coqueluche, su preferencia sería para la terpina.

Puede asociarse la terpina á la antipirina cuando las quintas son intensas y repetidas, bajo la fórmula siguiente, que da la excelente revista belga *Le Médecin*: terpina, 1 gramo antipirina, 1 gramo; jarabe de flor de naranja, 30 gramos; agua de tila, 60 gramos; para tomar en veinticuatro horas.

TARRIDA DEL MÁRMOL

LA SOCIEDAD INFANTICIDA

He leído con horror en una estadística, que, por término medio, de los niños, hasta la edad de siete años, mueren más del 60 por 100. Entiéndase bien, por término medio, porque si hay clases acomodadas é instruidas que salvan algunos niños más, en cambio tenemos los asilos de la caridad en que la mortalidad, casi pudiera decirse la matanza con sus responsables y todo, llega al 75 y al 80.

Lector, no te horripiles antes de tiempo; sufre esta nota, en gracia de mi buen propósito de aprovecharla para que la verdad deje huella; no abandones el asunto por cobarde sensiblería, y, ya puesto en él, acompáñame hasta el fin.

Piensa en la inmensa desgracia y en la horrible iniquidad que suponen el fracaso de 60 existencias por cada 100, considerando que si ha habido causas suficientes para nacer, en la naturaleza hay recursos sobrados para conservar la vida, y se conservaría indudablemente si la sociedad, en vez de un auxiliar, no se convirtiera, para baldón de tanto infame é hipócrita conservador, en obstáculo muchas veces insuperable.

Piensa además en que los 40 por 100 supervivientes, lejos de hallar una sociedad

previsora que coadyuve á la obra natural, han encontrado un enemigo que les ha perseguido de muerte, y que si no han sucumbido como sus compañeros, se debe á condiciones privilegiadas de resistencia, pero que empleadas en lucha desigual, quedan debilitados, de modo que los que hubieran podido sobresalir con los resplandecientes esplendores del genio científico, artístico ó industrial, á encontrar en la sociedad un apoyo, se reducen á ser hombrecillos ó mujercillas enclenques é inmorales, vencedores á los siete años, pero inválidos para las luchas sucesivas; carga inútil, material reaccionario, moléculas atávicas que forman la masa que dificulta el progreso.

Las causas de muerte de la infancia alcanzan á todas las clases sociales; son éstas: la ignorancia y la miseria.

Es la infancia una flor delicada que más que cuidado, necesita libertad para que sobre ella obren las fuerzas naturales.

A esta necesidad se oponen en esta sociedad infanticida la ignorancia, contrarrestándole con los convencionalismos, la superstición, las preocupaciones y el carifio inconsciente; y la miseria, con el hambre y la infección.

Padres que no carecen de dinero (botín sangriento ganado en la lucha por la vida), pero que ignoran higiene, dejan morir sus hijos por someterlos á prácticas supersticiosas, por vestirlos de modo irracional, por alimentarlos desproporcionalmente y también por entregarlos á manos asalariadas.

Padres vencidos en la lucha, que carecen de recursos, ven morir á sus hijos por habitar en un medio diametralmente opuesto á las exigencias de la vida.

Y ¿qué decir de la beneficencia, especie de cloaca social donde se recogen los huérfanos que perdieron sus padres ó que no los tienen conocidos, y que, careciendo de amor y amparo, se hallan á merced de lo que la caridad da de sí? ¡Infelices!

Ni la familia rica ni la pobre son aptas para la florescencia de la infancia: la una peca de exceso por ignorancia, la otra de defecto por ignorancia y por miseria.

Y no hay que esperar una familia equilibrada en que no haya exceso ni defecto contrarios á la infancia —esa es una de tantas utopías del retroceso, de aquellas que jamás serán la verdad futura, ya que cuenta veinte siglos de fracaso cristiano y no sé cuántos de fracaso jurídico,— porque cuando por la desaparición del privilegio se establezca la igualdad social, la familia, producto fortuito de esta sociedad transitoria, amenazada de cercana muerte por la Revolución Social, con el cambio de régimen habrá desaparecido; incapacitada de contener en su mezquino cuchitril los impulsos del genio ni las expansiones naturales del amor.

Por otra parte, no hay familia imaginable capaz de dar al niño la amplitud de servicios físicos y morales que necesita, si se ha de desarrollar para ser un perfecto hombre futuro, debido á que la familia misma es egoísta por esencia; cada familia es una fracción humana, un rinconcillo, una madriguera, donde se reconcentra, para individuos exclusivos, amor y propiedad, y eso no sirve, eso es miserable, y jamás podrá modelar individuos para la solidaridad y para el altruismo.

Cuantos han dicho, León XIII inclusive en su encíclica *Rerum novarum*, que la familia es la célula social y la han calificado de imperecedera, se han equivocado ó han mentido.

A la sociedad ultrarevolucionaria, única entidad en condiciones de reunir los grandiosos recursos necesarios al objeto, á quien incumbe como especialísima obligación y principal interesada en garantizar al individuo la totalidad de las facultades que han de integrar al socio en formación, al participante, al perfecto cumplidor de los deberes socia-

les por el recíproco goce de los derechos individuales, corresponde el cuidado de la infancia.

De modo que, si bien se considera, esta sociedad en que vivimos, inspirada por la religión y protegida por el Estado, practica diariamente algo más malo, más odioso y más criminal que la fabulosa degollación de los inocentes.

¡Y socios inconscientes, que tienen todo eso por bueno, se oponen al triunfo de la anarquía, que es vida, paz y amor!

ANSELMO LORENZO

El automatismo en el ejercicio

Caballos de carrera adiestrados demasiado despacio.—Efectos del automatismo en el ejercicio.—Economía de influxo nervioso voluntario.—El cerebro suplido por la médula espinal.—Descanso de las facultades psíquicas.—Superioridad de los ejercicios automáticos en los casos de fatiga cerebral.

II

Pero la médula espinal no guarda sólo el recuerdo de los diferentes tiempos de un acto frecuentemente repetido: conserva también fielmente la memoria de la medida, del ritmo y de la velocidad con que se suceden sus diversos tiempos. De la persistencia de las impresiones dejadas al sistema nervioso por un acto repetido con frecuencia, es de lo que resulta la creación del modo de andar lento ó vivo de cada individuo.

Se habitúa uno lo mismo á la lentitud que á la velocidad de los movimientos, y con frecuencia la rapidez de la marcha, ó la lentitud del paso, son el resultado de un primer hábito contraído desde la infancia y del que es difícil deshacerse más tarde.

El automatismo marca con un sello indeleble los primeros actos musculares ejecutados, como la memoria incrusta en un cerebro joven las primeras frases aprendidas con gusto.

Cuando un caballo ha empezado á galopar con tranco lento, es muy difícil acostumbrarle más tarde á un movimiento más rápido. En las grandes cuadras de carreras se utilizan muchachos de muy corta edad, bastante adiestrados ya en la equitación, para que les pueda dejar montar caballos de carrera. Con este peso ligero el caballo puede habituarse desde sus primeros galopes á una velocidad que no podría alcanzar si llevara un hombre sobre la silla, en vez de un niño. Los domadores dan una gran importancia á estos primeros hábitos del movimiento, y hemos oído á uno de nuestros más hábiles *sportmens*, deplorar la imposibilidad de procurarse en provincias estos *muchachos* tan ligeros como los monos. Con ellos, el caballo se acostumbra á una marcha que desorienta y desanima desde el comienzo de la carrera á los caballos que han sido preparados con un movimiento más lento.

Los tiradores, dice Bazancourt, no alcanzarán jamás gran rapidez en esgrima, si se retrasan mucho tiempo en regularizar sus movimientos, lo cual hace pesada la mano.

Es preciso un esfuerzo de la voluntad para oponerse á un acto que haya llegado á ser inconsciente, y para cambiar una manera de andar ya adquirida. Si se abandonan los músculos á su impulsión maquinal, vuelven siempre al ritmo que se había establecido por las leyes del automatismo. El caballo, acostumbrado desde joven á un movimiento

lento, hace un gasto suplementario de influjo nervioso cuando se quiere que acelere su galope normal: no hay que atribuir el aumento de fatiga únicamente al aumento de trabajo que produce la velocidad mayor. En efecto, ese malestar nervioso, debido al esfuerzo que exige una nueva coordinación del movimiento, lo experimentará también el animal si se le obliga á acortar excesivamente una marcha, ya lenta, como el paso.

Así puede explicarse la fatiga experimentada por un andarín habituado á un paso rápido, cuando se ve obligado á acomodar su marcha á la de otro que va demasiado lento. El malestar sentido en este caso, así como el que se siente cuando se quiere acelerar el paso, son debidos á que tiene que intervenir un nuevo esfuerzo de coordinación para adaptar á una marcha distinta los movimientos que de ordinario se ejecutaban maquinalmente, sin intervención de las facultades directas.

III

Cuando se ejecuta un movimiento automático se hace un llamamiento á la memoria de la médula espinal y se suprime la atención del trabajo. Cuando, por el contrario, el movimiento es nuevo, ó difícil, ó necesita un esfuerzo violento, las facultades conscientes se ven obligadas á entrar en acción enérgicamente: el sentido muscular da sus indicaciones precisas sobre el grado de contracción que ha de hacer el músculo, las facultades que presiden á la comparación y al juicio aprecian lo que hay que añadir ó rebajar del esfuerzo muscular, para dar al movimiento toda su precisión: en fin, la voluntad interviene para el impulso definitivo del acto muscular. Estos son otros tantos factores que vienen á aumentar el gasto de influjo nervioso, sin hacer que produzca el músculo más trabajo útil.

El automatismo en los movimientos economiza el trabajo del cerebro, como la memoria economiza el trabajo del espíritu. Hay fórmulas que abrevian los trabajos matemáticos, dispensándonos de hacer muchas operaciones elementales. Del mismo modo, por series de movimientos automáticos, nos encontramos dispuestos á coordinar perfectamente cada uno de los actos musculares de que la memoria guarde, por decirlo así, la fórmula.

Si entramos ahora en la explicación práctica de los hechos fisiológicos que acabamos de exponer, vemos, á la primera ojeada, la gran superioridad higiénica de los ejercicios que pueden ejecutarse automáticamente. Economía de influjo nervioso, reposo completo del cerebro, silencio absoluto de las facultades psíquicas; tales son las condiciones en que se realiza el ejercicio automático. El trabajo del organismo humano se cumple entonces por el mecanismo más grosero de la máquina; sólo sobre los agentes subalternos del movimiento hace sentir sus efectos la fatiga. Los centros nerviosos, que no han tomado parte alguna en el trabajo; no sufren las consiguientes molestias. La fatiga que produce los movimientos automáticos es francamente muscular; alcanza más bien al tronco y los miembros que á la cabeza y los nervios.

Ya no es difícil, pues, comprender la inmensa ventaja que presentan los ejercicios automáticos, cuando se busca en el trabajo muscular un derivativo para los cerebros fatigados por el recargo intelectual.

He tratado de determinar científicamente, por la fisiología, los caracteres particulares que diferencian los ejercicios en que el cerebro no interviene, de los que necesitan un esfuerzo de voluntad ó un trabajo de coordinación. Tengo que apoyar ahora mis deducciones teóricas sobre hechos de observación y, para ello, es necesario hacer un llamamiento á las impresiones de cuantos han practicado los ejercicios corporales.

Nada recuerda tanto la fatiga debida al aprendizaje de un ejercicio difícil, como la

que acompaña á la solución laboriosa de un problema difícil. Es el mismo esfuerzo penoso de la atención durante el trabajo, la misma depresión cerebral después. En ambos casos, el hombre fatigado refiere á la cabeza el sitio de su malestar. Y es que, en ambos casos, el cerebro ha trabajado.

Se necesita ser muy poco observador para no haber notado la repugnancia instintiva que experimentan hacia los ejercicios difíciles los individuos recargados por el trabajo intelectual.

Observad á un estudiante ante el maestro que le enseña los primeros elementos de la esgrima. Su cara disgustada, su fisonomía aburrida, expresan la fatiga y parece decir: «que se me deje con mi latín». Abrid al mismo niño la puerta de su colegio que da al campo; le veréis partir como un rayo, á todo correr. Hará en algunos minutos diez veces más trabajo que antes, dando botonazos, pero ese trabajo corresponde sólo á sus piernas; la cabeza no se mezcla en ello. Volverá inundado de sudor, sofocado, calado, pero con el espíritu y el cerebro reposado.

Evocad vuestros recuerdos de colegio. ¿Cuáles son los jóvenes más entusiastas por los ejercicios corporales, los más apasionados por el trapecio, los «premios de gimnasia», en fin? Justamente aquellos cuyas facultades intelectuales han escapado al recargo á causa de su pureza, aquellos cuya fuerza nerviosa cerebral no se ha gastado en los libros, que tenían delante, pero que no leían.

Si se han señalado observaciones contrarias, ha sido sobre individuos excepcionales, igualmente bien dotados por lo que hace al cerebro y por lo que hace á los músculos, y que tienen tanta facilidad para el trabajo mental como aptitud para el ejercicio corporal.—Son excepciones raras.

Es muy general lamentar la indolencia y la apatía física que manifiestan los buenos alumnos, justamente aquellos cuyas clases más serias exigen una tensión mayor de las facultades intelectuales. Se querría que no utilizasen sólo en conversaciones y en sueños el tiempo tan escaso que se les concede para descanso del cerebro recargado. Todos sus maestros les aconsejan y les excitan para salir de ese *far niente* y entregarse á algún ejercicio violento. Todos los aparatos de gimnasia están allí, á su alcance, en el patio de recreo; ¿por qué no usarlos?

A pesar de las exhortaciones del maestro, el alumno, cuya cabeza ha trabajado demasiado, se siente poco inclinado á que trabajen sus miembros y una repugnancia instintiva le aleja del trapecio y de las paralelas. ¿Es esto porque, como se dice con frecuencia, desdeña un ejercicio demasiado infantil para la dignidad de sus quince años? ¿No será más bien porque no encuentra en la fatiga de los músculos el pretendido derivativo capaz de reposar su espíritu?

En mi opinión, si el niño recargado por el trabajo intelectual no se siente atraído hacia el ejercicio de los músculos, es que su instinto es más seguro que la opinión de sus maestros; es que la gimnasia á que se le invita costaría un gran esfuerzo, no sólo á sus músculos, sino á su cerebro ya fatigado por el estudio.

Se ha desconocido hasta el presente la importancia de la elección del ejercicio desde el punto de vista de la higiene del cerebro, y nadie ha pensado en hacer resaltar la ventaja que ofrecen, sobre todos los demás, los *ejercicios fáciles*.

Esta ventaja puede resumirse en dos palabras; producen la fatiga *muscular*, sin acarrear la fatiga *nerviosa*. Aceleran el curso de la sangre, activan la respiración, regularizan las funciones digestivas, sin exigir al mismo tiempo esa *sobreactividad* de las funciones cerebrales que acompaña siempre á la ejecución de los ejercicios difíciles.

Nadie, sin embargo, hasta el presente ha soñado en utilizar esas preciosas ventajas. Nadie ha tenido en cuenta las condiciones que pueden hacer variar el grado de dificultad del ejercicio. No se establece la diferencia, en la aplicación de los ejercicios corporales, entre los que son nuevos para el sujeto y los que viene ya practicando de largo tiempo; no se cuenta el trabajo cerebral que exige el período de aprendizaje de un movimiento desconocido.

Al cabo de cierto tiempo de estudio, se aprenden los ejercicios difíciles y pueden llegar á ser automáticos. Sus efectos son entonces muy diferentes. ¿No es completamente distinto *divertirse* en bailar que *ocuparse* en aprender el baile? La danza, la equitación, el remar, la carrera misma, cuando se han practicado mucho tiempo, no exigen ya más trabajo cerebral que la marcha, ejercicio automático por excelencia.

Pero, en ciertos ejercicios corporales, el aprendizaje se continúa indefinidamente, y sus movimientos exigen una dirección incesante de parte de los centros nerviosos y de las facultades conscientes, porque estos movimientos no pueden ser constantemente idénticos, sino que ofrecen condiciones imprevistas.—La esgrima jamás llega á ser un ejercicio automático, á pesar de la tendencia que adquieren ciertas paradas y ciertas réplicas á devenir acciones habituales y á hacerse instintivamente: los movimientos no pueden ejecutarse siempre de la misma manera y siguiendo el mismo orden, puesto que están subordinados á los del adversario. La equitación deviene ejercicio automático si se hace siempre sobre el mismo caballo, al cual acomoda el jinete sus movimientos. Por el contrario, exige la actividad del cerebro, y pide un trabajo de coordinación muy atento, en el caso en que se practique sobre caballos difíciles que difieran entre sí por su carácter y sus salidas.

No es posible, pues, considerar el automatismo como carácter que pueda servir para clasificar un grupo particular de ejercicios. Es más bien un modo de ejecución que puede aplicarse á la mayor parte de los ejercicios conocidos, cuando estos ejercicios se hacen según las condiciones que he tratado de determinar en este artículo.

El automatismo muscular es, en suma, una función que corresponde á las partes subalternas del sistema nervioso, y que tiene por objeto economizar el trabajo del cerebro, considerado como fuerza directora de la máquina humana.

Hasta el presente no se ha comprendido bastante, en los diversos métodos de gimnasia, la importancia de esta economía desde el punto de vista de la higiene del sistema nervioso. No se han determinado aún las diferentes indicaciones de los ejercicios que hacen trabajar con exageración los centros nerviosos y los de los que no exigen más que una débil acción del cerebro.

Esas indicaciones son, sin embargo, muy formales y muy claras, y pueden, en pocas palabras, formularse así:

Cuantas veces la medicación por el ejercicio tenga por objeto excitar vivamente los centros nerviosos y hacer trabajar al cerebro, los ejercicios difíciles deben ser preferidos sobre los automáticos.

Los ejercicios fáciles, instintivos, ó los que han llegado á ser familiares por un aprendizaje anterior; en una palabra, todos aquellos que pueden ejecutarse automáticamente sin necesitar ningún esfuerzo sostenido de la atención, convienen, por el contrario, á los individuos á cuyo cerebro hay que economizar trabajo, debiendo fatigar sus músculos,

Que se prescriba la esgrima, la gimnasia con aparatos y la equitación á la alta escuela, á todos los desocupados de espíritu, cuyo cerebro languidece, falto de acción.

El esfuerzo de la voluntad y el trabajo de coordinación que piden estos ejercicios, pro-

ducirán en las células cerebrales adormecidas una excitación saludable. Pero al niño, recargado por el trabajo de los libros, cuyos centros nerviosos están congestionados por el esfuerzo intelectual persistente debido a la preparación de los exámenes, hay que prescribirle las largas marchas, el ejercicio que tan fácilmente se aprende del remo, y, á falta de otra cosa mejor, el salto, el marro, las carreras, todo, en fin, antes que los ejercicios científicos y la gimnasia acrobática.

(Traducido por Ricardo Rubio.)

FERNANDO LAGRANGE

RÁFAGAS

La sociedad languidece en las prostraciones horripilantes del desamor egoísta.

Una torpe indiferencia, una indiferencia brutalmente salvaje, la inerte indiferencia, en fin, del escepticismo egoísta, corruptor y aniquilante, forma el malsano envolvente étnico en que se desarrolla la vida triste, nostálgica y fríamente angustiosa de este mundo social humano, falto de concepciones elevadas, de grandes afectos altruistas, sin fe, sin ideales, sin corazón, seco de alma y de cerebro obnubilado...

El espectáculo es, realmente, aterrador.

Por todas partes, al través del indiferentismo nefandamente frío de los que triunfan, obsérvanse yacentes, en parvas horribles, en tristes amontonamientos amargos que desgarran el alma, las miserias infinitas de los vencidos.

El hombre, luchando alevosamente, fratricidamente, contra el hombre, por dominar al hombre y para explotar y despojar al hombre, resulta un monstruo de lo más repugnante que pueda concebirse. Pero ello es preciso que así suceda, por desnaturalizado que se nos antoje, mientras las cosas continúen como hasta aquí.

Todo en el llamado orden social está perturbado; respiramos deshonor y nos nutrimos de injusticias.

Lo punible y lo inmoral, lo injusto y lo deshonesto, en confusión grosera con lo bello y lo soberano, forman ese caos impenetrable y disolventor, de luz y de tinieblas, de grandeza y de infamia á que llamamos pomposamente *esferas superiores de la sociedad*.

La majestad deslumbradora; la egregia excelstitud augusta; el magnífico aparato brillante de la fuerza dominadora; en una palabra, toda esa alteza suprema que constituye la magia encantadora del poder soberano, dominador de las sociedades, en la multiplicidad complejísima de todas sus manifestaciones absorbedoras y avasalladoras, toda, toda está manchada por el lodo de la opresión, embadurnada de sangre infamemente vertida, afirmada sobre el despojo y viviendo á expensas de la explotación del trabajo ajeno.

Rascad, si no, rascad los *cimientos históricos* de todos esos tronos magníficos y severas instituciones sociales, que pretenden seducirnos con la enorme balumba de las alucinantes pompas exteriores de su poderío mundial. Rascad, ¡oh sí!, rascad, los *cimientos históricos* sobre que descansan, *tan orgullosos de su pasado espléndido*, todas las dinastías reinantes de la tierra, y á poco que escarbéis con la sutil piqueta de la crítica inteligente ya razonadora en la inmensa fábrica, pronto la historia del mundo os dejará ver al desnudo lo falso de los derechos invocados por los que dominan las naciones y la gran infamia, la infamia tremendísima, humanicida, de que arrancan todas esas potestades re-

gias, tiránicos poderes y falsas supremacías sociales—*otorgadas de derecho divino ó humano*—en cuyo nombre se pretende imponernos esclavitudes eternas y eternos servilismos.

* * *

Y mientras, los hombres de *arriba*, impotentes y estériles, viven muy orondos y satisfechos entre oleadas de lodo perfumado; mientras *las doradas turbas del mundo del privilegio* deslizan su existencia, crapulosa y estérilmente, envuelta en las ondas del placer y del predominio, incensados y festejados sin cesar por la falsa lisonja que engríe fatuamente, y ciscándose con soberano desdén en los derechos de los pueblos y de las naciones que yacen aherrojados á su gozo ominoso, los hombres de *abajo*, los llamados desheredados de la fortuna, causa de todo bien social, origen de todo valor y motivo de toda riqueza, el pueblo obrero, en fin, ese pueblo productor y desposeído, hambriento de pan, de dignidad, de amor y de justicia; ese pueblo heroico, *sin patria*, el pueblo escarnecido de los harapos y de la anemia, decidese valerosamente, denodada y fieramente, á producir la redención del género humano para acabar, de una vez y para siempre, con todos los escepticismos punibles y torpes indiferencias egoístas, en cuyas postraciones horripilantes parece como que agoniza cloroformizado el inmenso genio de la humanidad.

Que la obra fecunda de los hijos del pueblo, obra preñada de hermosos altruísmos, de bellas concepciones serenas y de sublimes esperanzas redentoras, se vea pronto, inmediatamente, si tal es posible, coronada por el éxito más completo y lisonjero.

Es lo único que urge, no solamente porque con ello se determinaría la ruina definitiva y eterna de un régimen, cual el presente, en el que el hombre explota, oprime y veja al hombre, si que también porque, al choque de la nueva vida, vida de amor, de paz y de justicia, surgirían y resurgirían lozanos, brotando en espléndidas eflorescencias espirituales, todos esos grandes sentimentalismos de la afectividad fraternal y sublimes anhelos altruístas, perfumes exquisitos del alma, sin los cuales, la existencia humana, prosaica y brutal, casi, casi no vale la pena de ser vivida.

DONATO LUBEN

QUIJOTES Y SANCHOS

La mayoría, por no decir todos, de los escritores asalariados de la burguesía, han empezado su carrera siendo radicales, revolucionarios y, algunos, hasta han blasonado de anarquistas; pero así que han logrado cualquier destino en la redacción de un periódico diario, en cuanto se han abierto paso, ó han conseguido *colocar* una crónica ó un cuento en las columnas de un rotativo, mudan de opinión, abjurán de sus anteriores convicciones y deshacen toda la labor hecha en aquel sentido.

Y es triste ver á esos jóvenes que, en la época de la bohemia, cuando nada tenían que agradecer á nadie, daban rienda suelta á su imaginación y á su talento brillando hermosamente con luz propia, como potente foco eléctrico, convertirse luego en opaco cristal reflector de la agonizante linterna burguesa... ¡A cuántas tristes reflexiones se presta esa mudanza, esa fatal caída de todos los bohemios vencidos!

Amargas, muy amargas son las consecuencias que de tales cambios se derivan; pero hay que reconocer, si hemos de ser justos, que hay muchos de esos jóvenes que, cuando *llegan*, cuando consiguen subir á la cima del monte, vuelven los ojos de su conciencia á

la verdad de la vida y se desligan del compromiso que contrajeran para alcanzar de la burguesía provecho y fama, satisfacción á las ambiciones despertadas allá, en el rincón de la provincia, y que les hicieran concebir los espejismos engañosos de una no menos engañosa gloria.

Estas consideraciones asaltaron nuestra mente al leer en *La Correspondencia de España* una crónica de Manuel Bueno, titulada «¡Ya es hora!», y de la que transcribimos los dos párrafos siguientes, por ser los que expresan con más claridad la intención del cronista:

«Es preciso que el talento y la honradez sean valores que se coticen en la bolsa social, que el obrero inteligente é instruído venga al Parlamento y que, á ser posible, no venga aislado, sino formando parte de un núcleo ó minoría que se encargue de exponer y secundar las aspiraciones de las clases obreras en el Parlamento.»

«Una monarquía que conciliara la tradición nacional con las necesidades de los pueblos modernos, responde al pensamiento de la juventud española, más gubernamental—digase lo que se quiera en contrario—que revolucionaria. Somos monárquicos y socialistas. Quien vea incompatibilidad entre uno y otro concepto, ó ve las cosas y las ideas muy superficialmente, ó padece una insuficiencia intelectual digna del mayor desprecio.»

Dos veces leímos la crónica y otras tantas buscó nuestra vista, instintivamente, la firma del escrito, y una exclamación venía á poner término á nuestra perplejidad: «¡Y pensar que quien esto escribe no lo siente, y se ve obligado á mentir por complacer al que le paga!»

Porque esto, aunque sea crudo decirlo, es lo que le ocurre al autor de esos dos párrafos, más dignos de un burguesote embrutecido que de un escritor del talento de Manuel Bueno.

¿Para qué ha de ir el obrero inteligente é instruído al Parlamento, ni solo ni acompañado, si sabé que es inútil su presencia en él? ¿Es que, por ventura, las causas de la miseria general de los trabajadores van á desaparecer porque uno ó varios de éstos que sepan charlar ocupen un escaño en ese gran Mentidero político? ¿Qué han resuelto en Alemania los diputados socialistas? ¿Acaso no está patente lo ocurrido en Francia con Millerand y sus partidarios?

Esto en cuanto al primero de los párrafos transcritos, que respecto del segundo no son preguntas, sino respuestas categóricas las que hemos de hacer, y son éstas:

1.^a Que no es cierto que la juventud española piense en monarquías que concilien la tradición nacional con las necesidades modernas, porque la juventud aludida desprecia lo tradicional y ama sólo lo nuevo y lo justo, y la monarquía no puede ser ninguna de estas dos cosas.

2.^a Que la susodicha juventud es netamente revolucionaria sin mezcla de gubernamentalismo; y

3.^a Que la tan repetida juventud cree que unir el concepto socialista con el de monárquico es un solemnísimó disparate, sin que por ello vea nada superficialmente ni padezca insuficiencia intelectual, sino que entiende el socialismo tal como ha sido, es y será, á pesar de lo que digan esos socialistas que no quieren discutir los intereses de la Iglesia ni mermarlos naturalmente.

Bullendo estaba en nuestra imaginación todo lo anteriormente expuesto, cuando llegó á nuestras manos el número de *El Imparcial* que insertaba un fragmento de las me-

morias del sabio Ramón y Cajal, del que hemos de copiar algunos párrafos como justa compensación al mal efecto que en los lectores habrán producido—como á nosotros nos lo produjeron—los de la crónica de *La Correspondencia*. Bueno es deshacer la mala impresión de las ocurrencias de un Sancho con las ingenuas y sanas manifestaciones de un Quijote:

«¡Qué gran ventura debe ser proyectar libremente nuestra personalidad por el espacio, sin más trabas que las impuestas por la razón y el instinto!»

«Triste, pero necesario parece que los redentores, políticos y religiosos acaben en mártires, porque la sangre ha sido en todo tiempo la mejor retórica para persuadir y mover multitudes.»

«Como se ve por esas frases que traducen algo libremente mis emociones de la adolescencia y juventud, el inexorable realismo de Don Quijote no me hizo gracia ninguna. Sólo más tarde, curado ó por lo menos aliviado (porque restablecido no creo haber estado nunca) del flojo y enfadoso romanticismo que padecía, aprendí á gustar del espíritu del libro, á recrearme con la gracia, donosura y elegancia del estilo y á apreciar en su justo valor la suprema armonía resultante del contraste entre los dos soberbios tipos de Don Quijote y Sancho, personajes que, con ser altamente ideales, resultan los más reales y universales concebibles, porque en ellos encarnan los dos modos antípodas del sentimiento humano: la acomodación al mundo y la sujeción al ideal, la doctrina de los que al obrar alzan la mirada al cielo, y la norma de los que al pensar no osan apartar sus ojos de la tierra.»

«Pero insistiendo una vez más en este pensamiento, guardémosnos bien de saca de la incomparable creación de Cervantes esa moraleja falsa neciamente propalada por algunos: la doctrina del positivismo moral, aberración que jamás alentó en el generoso y honrado pecho de aquel genio. Y no olvidemos que va en mil veces más para el lustre, gloria y prosperidad de los pueblos, los Quijotes locos que los Panzas cuerdos, los que trabajan para la sociedad impulsados por un alto sentimiento de solidaridad humana, que los que laboran para sí, inspirados en antipático egoísmo. No tendrá hoy el mundo princesas que rescatar, encantadores y gigantes que exterminar ni forzados que liberar, pero el espíritu altruista y caballeresco de los héroes tiene todavía ancho campo en que ejercitarse. Debe disipar el encanto de la ignorancia en que viven como aletargados muchos hombres; combatir á los malandrines y encantadores de la intolerancia, cuya legión crece de día en día; rescatar á los humildes de las crueles galeras del trabajo muscular y del torcedor del hambre, mil veces más bárbaro que el látigo del comité; purgar el planeta de monstruos más efectivos y peligrosos que los destruidos por Hércules, es decir, de las causas sociales de las enfermedades del alma y de las causas físicas de las dolencias del cuerpo, y esforzarse, en fin, por convertir á impulsos de la ciencia y la caridad en lo que debe ser, en lo que será quizás con el tiempo, en el verdadero Paraíso terrenal de la especie humana.»

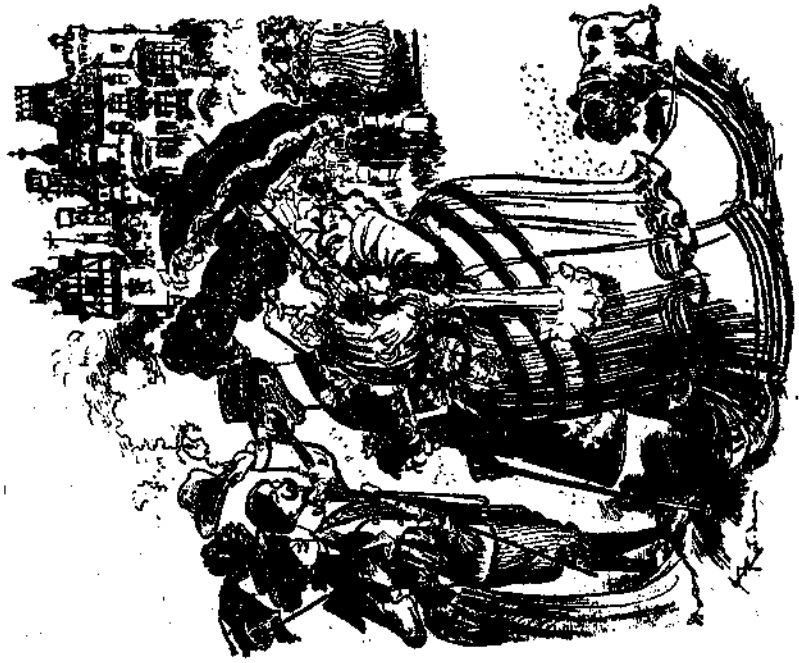
El mundo, pues, está compuesto de Quijotes y de Sanchos, de locos que quieren transformar la sociedad radicalmente, sin acomodaciones contrarias á la justicia, y de Sanchos egoístas que se sienten gubernamentales en cuanto les ofrecen el gobierno de una insula ó las comodidades de una mesa bien servida. Nosotros, aunque nos tachen de insuficiencia intelectual digna del mayor desprecio, queremos seguir siendo Quijotes.

ANTONIO APOLO

El espantajo.



¿Qué sería del mundo sin nosotros?



(Del Almanaque de LA REVISTA BLANCA.)

Ley de la herencia regresiva ó atavismo

I

Siempre que el niño, en lugar de parecerse á sus padres, se parece á uno de sus abuelos, ó algún antepasado todavía más antiguo, ó algún miembro lejano de una rama colateral de la familia—lo que se debe atribuir á que sus miembros descienden de un antepasado común á todos,—se dice que esto es un caso de *atavismo*; Lucas lo llama herencia regresiva. Las expresiones inglesas *reversion* ó *throwing-back*, los términos alemanes *Rückschlag* y *Rückschritt* traducen bajo formas diversas la misma idea.

Este hecho era conocido en la antigüedad. Aristóteles, Galeno y Plinio hablan de él. Plutarco refiere que habiendo dado á luz una mujer griega un hijo negro, y siendo procesada por adulterio, se encontró que descendía en cuarta línea de un etiope. Montaigne se maravilla en estos términos: «¿Qué monstruo es esa gota de semilla de la cual somos producidos, y que lleva en sí las impresiones, no sólo de la forma corporal, sino también de los pensamientos é inclinaciones de nuestros padres? Esta gota de agua, ¿dónde aloja este número infinito de formas, y cómo establece sus parecidos con un progreso tan temerario y tan sin reglamentar que el biznieto se parecerá al bisabuelo y el sobrino al tío?»

Se ha encontrado ya en la primera parte de este trabajo un gran número de casos de atavismo; bastará referirse aquí algunos hechos curiosos, propios para hacernos comprender la marcha de la herencia.

El fenómeno de la regresión es muy frecuente en las razas vegetales y animales. Se encontrarán un gran número de ejemplos de él en la obra de Darwin sobre *la variación de los animales y de las plantas* (t. II, capítulo XIII de la ed. fr.)

Refiriéndose sólo á los animales, Girou de Buzareingues ha contado minuciosamente la historia de una familia de perros cruzados de braco y sabueso. Héla aquí en pocas palabras: En la primera generación el producto es un sabueso; cruzado con un braco puro, resulta un mestizo que tiene todos los caracteres del último; pero si se le cruza con una hembra de braco pura, se obtienen sabuesos, y si se enlaza con un sabueso hembra se obtienen bracos que ofrecen todos los caracteres de bracos puros. Por los fenómenos de herencia alternante y de atavismo, es, pues, como se revela alternativamente y de una generación á otra la naturaleza mixta del mestizo.

Hechos de igual naturaleza se encuentran en muchas otras razas domésticas. P. Lucas cuenta que una yegua mestiza de árabe, no demostraba por ningún concepto su noble origen: cruzada con un caballo de raza inferior, ha dado un producto notable por su semejanza con los antepasados maternos. Muchas veces ocurre lo contrario, y en las razas mejoradas por el cruzamiento, los criadores ven con frecuencia reaparecer, después de un período bastante largo, ejemplares del tipo inferior. En los gusanos de seda el atavismo se presenta al cabo de más de cien generaciones.

Según la experiencia de los criadores, hacen falta de seis á ocho generaciones para fijar un carácter y estar asegurado contra las probabilidades de una herencia regresiva.

Hay en los animales cruzados (y esto toca directamente á nuestro asunto), una tendencia á recobrar los instintos del mismo modo que los caracteres perdidos. «Ciertas razas de gallinas, dice Darwin, han perdido todo instinto de incubación hasta el punto

de que se ha creído deber consignar, en las obras especiales, los raros casos en que se ha visto incubar á gallinas de esas razas. Sin embargo, la especie original era seguramente buena incubadora, porque, en el estado natural, hay pocos instintos más energicamente desarrollados que éste. Ahora bien; se han registrado tantos casos de gallinas nacidas del cruzamiento de dos razas, ambas incapaces de incubar, y que han llegado á ser incubadoras de primer orden, que hay que atribuir la reaparición de este instinto perdido á una regresión por cruzamiento. Un autor llega hasta decir que un cruzamiento entre dos variedades no incubadoras produce casi invariablemente un ave capaz de incubar.

»Los padres de todos nuestros animales domésticos debían tener evidentemente en su origen una naturaleza salvaje; pues bien, cuando se cruza una especie doméstica con otra doméstica ó sólo domesticada, los híbridos son, con frecuencia, bastante salvajes, hecho sólo comprensible admitiendo que el cruzamiento ha debido producir una reacción parcial hacia la disposición primitiva (1).»

En el hombre es un hecho vulgar que ciertas afecciones, tales como el reumatismo, y sobre todo la gota, pasan del abuelo al nieto. En las galerías de retratos de las familias antiguas y en los bronceos monumentales de las iglesias vecinas, se ven con frecuencia tipos de caras que se repiten todavía de vez en cuando en los miembros de aquellas familias.

Es frecuente encontrar en los hijos la nariz ó la boca del padre ó de la madre. La nariz es, quizás, de todas las facciones la que mejor se conserva por la herencia. La nariz de los Borbones es célebre. P. Lucas cuenta que á principios de este siglo, en Inglaterra, chocó al doctor Gregory, estando de visita en el castillo de una señora de familia ilustre, la semejanza de la nariz de la castellana con la del gran canciller de Escocia en tiempo de Carlos I. No le sorprendió, pues, saber que aquella señora era biznieta del citado personaje, muerto hacía dos siglos. No era esto todo. Paseándose por los alrededores del castillo y por el pueblo, el doctor Gregory encontró la misma nariz en muchos campesinos, y supo por el intendente que éstos descendían también, pero como ilegítimos, del gran canciller. Por lo demás, la reaparición de las mismas facciones es un hecho tan frecuente, que se ha hecho creencia popular, y los novelistas sacan partido de él.

«Tomo, dice M. Quatrefages, del Dr. Parsons un caso doblemente interesante, porque se ha comprobado oficialmente, y porque demuestra una disposición hereditaria muy extraña en la unión de dos negros.

»Dos esclavos negros, que vivían en una misma habitación, situada en Virginia, se casan. La mujer da á luz una niña completamente blanca. Al ver el color de su hija, se apoderó de ella el terror, y declarando que jamás había tenido relación con un blanco, se esforzó en ocultar á su hija, haciendo apagar la luz para que el padre no pudiese verla. Pronto llegó éste, se quejó de aquella obscuridad inusitada, y pidió ver á su hija. El terror de la madre aumentó cuando vió que su marido acercaba la luz; pero en cuanto aquél vió á su hija, pareció muy satisfecho... Pocos días después dijo á su mujer: «Has tenido miedo de mí, porque mi hija es blanca; pero yo la quiero mucho más por eso. Mi mismo padre era blanco, aun cuando mis abuelos eran tan negros como tú y como yo. Aunque procedemos de un país en que jamás hubo pueblo blanco, ha habido siempre un niño blanco en todas las familias que han emparentado con nosotros.» Esta niña,

(1) Cruzamiento del faisán domesticado con la gallina, del pato salvaje domesticado con el ánade, del jabalí domesticado con el cerdo, etc. Para el pormenor, V. Darwin, *Variation*, t. II, p. 26, 28. En el orden puramente fisiológico, estos casos de herencia regresiva son frecuentes.

á la edad de quince años fué vendida al almirante Ward y conducida á Londres para ser presentada en la Sociedad Real de Ciencias.

»Parece que se han producido fenómenos de esta naturaleza hasta en Africa, y el almirante Fleuriot Delangle me citaba hace poco uno análogo.»

La herencia regresiva en la locura está, como ya hemos visto, bien comprobada. No es raro ver que, personas descendientes de antepasados locos, viven hasta los treinta ó cuarenta años dando pruebas de prudencia y de razón, y que á esa edad son atacados de locura *sin causa visible*. Gintrac cuenta que un hombre que había sido atacado de locura tuvo hijos de talento, que desempeñaron con distinción destinos públicos. Estos hijos los tuvieron, á su vez, que mostraron al principio buen juicio; pero á los veinte años presentaron síntomas de locura. Todos los alienistas han referido hechos de este género.

En cuanto á la herencia regresiva del talento, del carácter, de las aptitudes, de las pasiones, es tan frecuente como la puramente orgánica. Se han dado muchos ejemplos de ella anteriormente.

Este es un punto que llamará la atención en el estudio de la historia, si se le concede alguna atención. Carlos VI de Francia, el rey loco, casa á su hija Catalina con su vencedor, Enrique V de Inglaterra; de este matrimonio nace el débil Enrique VI, aquel triste espectador de la guerra de las Dos Rosas. Gustavo Waşa, ¿acaso no vuelve á aparecer en su biznieto Gustavo Adolfo? Recordemos además la filiación de Carlos el Temerario y de Juana la Loca con D. Carlos.

CH. RIBOT

CURIOSIDADES

Una mujer polteroma.—Existe en América una joven cuya piel cambia de color. Es mulata, pero su color moreno natural se transforma pasando al rosa claro. La metamorfosis, á la vez que extraordinaria, es encantadora.

La transición del negro al blanco se verifica gradualmente; aparecen sobre su piel algunos puntitos blancos que concluyen por invadirla toda.

Un *reporter* americano explica el fenómeno de una manera todavía más curiosa. Según él, un pie guarda su color natural, mientras el otro se vuelve blanco como la nieve. Otros aseguran que sus párpados permanecen morenos y que el rostro es de color de camelia.

Muchos médicos la han examinado sin poderse explicar el fenómeno.

Erupciones volcánicas y fenómenos atmosféricos.—El profesor de astronomía Glase-napp acaba de publicar una noticia afirmando la reaparición de un fenómeno muy curioso. Recuérdese que el 8 de Agosto de 1883 produjose una erupción extraordinariamente violenta del volcán Krakatoa, que hizo desaparecer la mitad de la isla del mismo nombre. Un fino cisco volcánico habíase proyectado á una altura de cerca de 3.000 metros, siendo conducido por las corrientes atmosféricas en las regiones árticas del globo terrestre. Durante el invierno 1883-84 y el otoño del 1884, en San Petersburgo el espectáculo de los resplandores de púrpura fué verdaderamente alarmante. Este fenómeno tan

raro y de un grande efecto, se produjo el 28 de Noviembre pasado: al ponerse el sol se observaba en la parte sudoeste de la bóveda celeste un intenso resplandor purpurado que se reflejaba en las fachadas de las casas. El parecer del profesor Glasenapp es de que este fenómeno está en conexión con las últimas erupciones de la montaña Pelada en la Martínica y otros volcanes. Según su opinión, el fenómeno puede reproducirse otra vez.

* *

Los pigmeos.—Un antropólogo alemán dice que los pigmeos estuvieron muy extendidos por la vieja Europa en el período prehistórico. Esto parecé resultar del examen de numerosos esqueletos encontrados en la región de Bresláu, Silesia, precisamente el país de los famosos granaderos de Federico el Grande. La talla de los antiguos habitantes de aquel país era, por término medio, de 1,42 metros de estatura.

En Alsacia, cerca de Colmar, se han encontrado esqueletos de seres humanos, cuya medida no pasaba de 1,20 metros.

* *

Prodigalidad japonesa.—Los japoneses que residen en Berlín parece que son muy pródigos.

Los súbditos del mikado gastan más de 250 millones por año en la capital alemana.

Los estudiantes que del Japón van á estudiar en las Universidades alemanas, gastan de 1.000 á 2.500 francos por mes.

Los estudiantes españoles, en su mayoría, están tísicos porque sus papás les dan 50 pesetas por mes para comer. ¡Siempre he tenido para mí que es una desgracia haber nacido español!

* *

Frailes revolucionarios.—Decididamente el espíritu de obediencia y de sumisión va desapareciendo por completo, dándose el caso de que hasta penetre en los conventos cuyos principales votos son la obediencia muda.

En Lisboa, los frailes de una de las más importantes congregaciones de la capital lusitana se han declarado en huelga, rehusando absolutamente verificar todo servicio y todo ejercicio religioso. La causa de esa insubordinación sin precedentes está en una medida disciplinaria que el superior tomó contra tres religiosos.

El pobre superior no sabe á qué santo encomendarse, ni qué medidas tomar, pues teme que cualquier medida extrema sea la muerte de la congregación.

* *

Una estadística de actualidad.—Siete millones cincuenta mil toneladas de azúcar se han consumido este año en el mundo entero, aunque los Estados Unidos se han comido la mayor parte é Inglaterra 1.850.000 toneladas.

* *

Venta de una iglesia.—En París ha sido vendida, para utilizarla como fábrica, la iglesia de San Francisco de Sales. Se ha dado por ella ciento sesenta mil francos.

La bancarrota de la religión es un hecho.

* *

Un surtidor en el mar.—Los pasajeros del paquebot postal el Norte, que hace la travesía de Calais á Douvrea, apercibieron hace pocos días una enorme masa negra que flo-

taba en la superficie del agua. Era una ballena que se supone tendría alrededor de 45 metros.

Al aproximarse el paquebot, el cetáceo lanzó al aire dos fuertes columnas de agua por las ventanas de su nariz, remojando á varios pasajeros, después se sumergió brusca-mente y desapareció.

Los viajeros tuvieron el correspondiente susto al venírseles encima aquella manga de agua.



Centenariós americanos.—Recientes estadísticas de los Estados Unidos explican que existen en aquel país 3.435 centenarios, de los cuales hay 86 que tienen ciento veinte años y 15 que tienen ciento treinta.

El de más edad de los blancos tiene ciento veinte, pero hay un indio que tiene cien-to cincuenta, y un negro de ciento cuarenta y cinco; la mujer más anciana es una negra de ciento treinta y siete años de edad.



Los vegetalistas fanáticos.—Una secta de colonizadores, llamada los Duhobers, in-troducida en el Canadá hace unos tres años, actualmente causa muchas molestias al gobierno. Estos vegetalistas tienen la manía de una religión que pretenden imponer á sus vecinos, quieran ó no quieran. Cinco mil Duhobers han empezado hace poco una peregrinación que tiene por objeto, según dicen ellos, ir en busca de Jesús.

Esa inmensa caravana de fanáticos religiosos que lleva con ella enfermos y niños, tiene una apariencia de las más miserables. A su llegada á Yorkton las autoridades se han visto obligadas á alimentar á las mujeres y niños, á fin de no dejarlos morir de hambre por las calles.

¿Cuándo terminarán esas chifladuras?



A propósito de la correspondencia secreta.—Dícese que en América acaban de inven-tarse unos sobres que para nuestra seguridad quisiéramos los españoles.

La parte destinada á la gomá ó al emplaste cualquiera que se pone para poder ce-rrarlos, está impregnada de una materia química que á la menor tentativa de abertura, sea por la humedad, sea por cualquier otro medio susceptible de no destrozar el papel, aparecen esas palabras:

«Attempt to open.» (Se ha intentado abrirlo.)

Decididamente los americanos son la gente que conocen más el siglo en que viven. Pero si habitaran nuestro suelo, con sus inventos y todo se fastidiarían, porque aquí los que intentan abrir las cartas lo hacen mucho mejor: las abren y se las quedan, importán-doles muy poco que saliera el cinematógrafo *attempt to open* que los descubriese.

LA DAMA GRIS